





# La pastelera de medianoche

---



**Desy  
Icardi**

La pastelera  
de medianoche

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

**AdN**

Título original: *La pasticciera di mezzanotte*

Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministerio de Cultura italiano



© 2023 Fazi Editore srl

© de la traducción: Xavier González Rovira, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

Traducción adaptada para Latinoamérica  
con la colaboración del traductor

© 2025 Hachette Editorial México, S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Azcapotzalco, 02400, Ciudad de México

Primera edición, julio de 2025

ISBN: 978-607-574-919-8 (México)

ISBN: 978-84-10138-92-6 (España)

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Queda estrictamente prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y explotación, sea total o parcial, a través de cualquier medio mecánico o electrónico, sin la autorización escrita del titular del *copyright*.

Igualmente, se prohíbe su uso para el entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial o minería de datos y textos y, en general, cualquier desarrollo y comercialización de sistemas, herramientas o tecnología de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra.

Las características de esta edición, así como su contenido, son propiedad de Hachette Editorial México, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos  
materias primas de procedencia  
100% sustentable

# Prólogo

---

*Turín, 7 de mayo de 1971*

Todos los lectores envejecen, menos uno. Saben enseguida que envejecen, pero yo nunca lo supe y nunca lo sabré.

Tengo cien años. Cien años y una semana, para ser exactos, y para mí la cosa aún no ha terminado: ¡he de vivir al menos tres años más! No puedo saber si el Cielo me los concederá, el mío es solo un propósito y no una previsión. No soy adivino, sino abogado. Bueno, permíteme que me presente: abogado Edmondo Maria Ferro, a tu servicio. Sea como sea, hay algo mucho más importante que debes saber de mí: soy un lector, como lo eres tú también, que me estás leyendo precisamente ahora.

La lectura es mi compañera más fiel, la única presencia constante en mi vida. He tenido muchos amigos, y algunos aún los conservo, pero la mayor parte de ellos ya no está. Es la servidumbre que hay que pagar cuando uno tiene la desfachatez de vivir un siglo entero. Un siglo de vida, de todos modos, no es suficiente para mí: yo lo que quiero es un siglo de lectura. Es el epitafio que quiero que se lea en el mármol de mi tumba: «ABOGADO EDMONDO MARIA FERRO: UN SIGLO DE LECTURA». Por eso *tengo que vivir* tres años más, para celebrar mi centenario como lector. Leí mi primer libro a los tres años: un librito de canciones infantiles, nada exigente; no soy un genio —al contrario— ni fui un niño prodigio, ni especialmente precoz, lecturas aparte.

Parece que todos tenemos al menos un talento especial, algo que se nos da mejor que a los demás, y mi talento especial es, justamente, leer.

En casa de mis padres había dos bibliotecas: la de mi madre, increíblemente ordenada, y la de mi padre, una especie de granero donde el papel impreso parecía tomar el lugar de la paja. Mi biblioteca —porque, siguiendo su ejemplo, creé la mía propia— es algo a medio camino entre las dos. Los libros, tras haber llenado todas las repisas, crecen en altas pilas desde el suelo, e infestan mesitas, sillas, alféizares y cualquier superficie que permita apoyarlos encima. A pesar del caos aparente, mis libros están perfectamente ordenados, según un método que me permite realizar búsquedas cruzadas y localizar volúmenes según distintos parámetros: autor, tema, año de publicación y muchos otros. Para orientarme en mi jungla de historias, sin embargo, no necesito utilizar códigos, como hacen las bibliotecas, sino tan solo echar mano de mi instinto de lector, una inclinación natural perfeccionada a lo largo de noventa y siete años de práctica.

Vivo en Turín desde hace...

Bueno, ¡desde hace un siglo! Resido en un entresuelo de la via del Carmine, donde ocupo una única habitación en la que están mis numerosísimos libros y un pequeño catre en el que, a mi pesar, me veo obligado a dormir algunas horas entre lectura y lectura. Por suerte, como muchos ancianos, duermo poco. ¡Alabada seas, vejez, que me regalas muchas horas de vigilia que dedicar a mis libros! El resto de mi apartamento es el reino de Marianna, mi ama de llaves. Marianna es un tesoro, sonrío todo el tiempo y nunca habla. No sabría decir si es taciturna o muda. Sospecho que Marianna es una de esas personas sabias que esperan a tener algo realmente importante que decir para abrir la boca. Sea cual sea la razón de su silencio, nos entendemos a la perfección, y eso es suficiente. Las empleadas domésticas que la precedieron —¡chicas adorables, que quede claro!— se irritaban al verme leer todo el tiempo, y a veces murmu-

raban, animándome a salir a tomar un poco el aire. ¡Pero el aire que a mí me gusta es aquel en el que flota el olor persuasivo y un tanto rancio del papel impreso!

A Marianna, sin embargo, el hecho de que lea a todas horas del día y de la noche le parece lo más normal del mundo: los pájaros trinan, las polillas vuelan hacia la luz, los perros mueven la cola a sus amos y el abogado Ferro consume su existencia inclinado sobre sus libros.

Las personas que he conocido a lo largo de mi dilatada vida, incluso mis parientes más cercanos y mis amigos más queridos, han tratado de empujarme a dedicar un poco de mi tiempo a otra cosa que no fuera la lectura.

A quienes, por ejemplo, me preguntaban por qué, si tanto me gustaba leer, nunca había intentado escribir una novela, les respondía que lo que me interesaba era leer historias, y no escribirlas. Esto no quiere decir, de todos modos, que en mi cabeza —como en la de casi todos los lectores— no se arremolinaran multitud de historias. Los relatos tejidos con los hilos de mis pensamientos se entrelazaban cuando dejaba vagar mi mente; sobre todo por la noche, antes de dormirme, o por la mañana temprano, en los mullidos y valiosos momentos en los que el sueño se transforma en vigilia.

Mis narraciones mentales nunca nacieron únicamente de mi intelecto; sobre todo eran reelaboraciones de acontecimientos que había vivido o de los que había sido testigo.

Hasta hace algún tiempo, las historias que leía y las que se arremolinaban en mi cabeza convivían en paz, sin invadir el territorio unas de otras. Hace una semana, sin embargo, al cumplir mi primer siglo, me di cuenta de que a estas alturas mi mente está tan saturada de historias como mi querida biblioteca lo está de volúmenes. Comprendí que tenía que hacer sitio, tanto en mi biblioteca como en mi mente.

Para poner en marcha este proyecto, empecé por llevar a cabo una medida necesaria pero muy dolorosa: regalar unos cientos de

mis adorados libros a la biblioteca de una pequeña y remota aldea rural. Era lo más adecuado que podía hacer: los libros merecen ser leídos, y la gente debe tener la posibilidad de leerlos, especialmente quienes viven lejos de las grandes ciudades y tienen menos oportunidades de sumergirse en una buena novela. Pensé que sufriría por la ausencia de los libros donados, pero ver algunas estanterías de mi biblioteca vacías —o, al menos, ya no tan saturadas— me produjo una inédita sensación de levedad. Fue esa maravillosa sensación la que me condujo a poner en marcha la segunda parte de mi proyecto: hacer algo de espacio también en mi mente, poniendo por escrito una de las muchas historias que la abarrotan desde hace tiempo.

# Capítulo 1

---

*Edmondo, 21 de agosto de 1917*

Aquella noche faltaba algo. No supe decir qué era hasta muchas horas después; en aquel momento, lo que sabía era que el campanario de la iglesia del Carmine hacía ya un buen rato que había dado las cuatro y que una molesta sensación de inquietud se había apoderado de mí.

En apariencia, todo estaba en orden, aunque en realidad no se podía decir que nada estuviera «en orden», ya que, dos años antes, Italia había tenido la brillante idea de declararle la guerra a Austria, rompiendo la Triple Alianza y lanzándose de lleno a lo que pasaría a la historia como la Gran Guerra.

Aparte del conflicto, la noche del 21 al 22 de agosto de 1917 había sido tranquila, y la había pasado como de costumbre, acurrucado en mi sillón leyendo una novela. Desde hacía algunos años, me había vuelto muy disciplinado en la administración nocturna de la lectura. Para entonces tenía ya cuarenta y seis años y, a mi pesar, ya no podía permitirme ponerme a merced de algún autor concupiscente, dejándome zandar de un capítulo a otro hasta que llegaba el nuevo día. Cada noche, algo que los científicos probablemente habrían definido como «instinto de conservación» me obligaba a cerrar el volumen con el que me estaba deleitando y meterme en el catre. Si alguna novela, como si fuera una amante orgullosa y apa-

sionada, se resistía a que la dejara botada en mitad de la noche, me la llevaba conmigo, colocándola, aún abierta, sobre la mesita de noche y prometiéndole que sería mi primer pensamiento a la mañana siguiente.

La noche entre el 21 y el 22 de agosto de 1917, sin embargo, la lectura no me había subyugado hasta el punto de privarme de la capacidad de ser dueño de mis acciones. Me encontraba entre las páginas de *Las ilusiones perdidas*, una voluminosa novela de mi amado Balzac, que me estaba costando un inusitado esfuerzo. Así pues, no era Balzac quien me mantenía despierto y me había impedido oír las campanadas que doblaban tres veces, algo que solía oír cuando ya estaba en la cama, sino la incompletitud que percibía. Chirriando desde lejos, el tranvía me confirmó que la noche ya estaba perdida y que, de un modo u otro, tendría que dar la bienvenida al nuevo día.

¡Un café! Eso era lo que necesitaba, o, mejor dicho, lo que habría necesitado.

No había ni un grano de café en toda la casa, pero, ¿qué digo?, ¡no lo había en toda la ciudad!

De todas maneras, me encaminé a la cocina, donde en una lata abollada encontré dos dedos de sucedáneo holandés. Así llamaban al café de achicoria, aunque no estoy seguro de que aquel mefítico brebaje tuviera algo que ver con la hermosa Holanda y sus chillonas extensiones de tulipanes. A saber qué había sido de los tulipanes, pensé mientras vertía una cucharada de sucedáneo holandés en la cafetera. Ningún ejército, en los neutrales Países Bajos, los había pisoteado impunemente, pero seguro que la demanda de flores en el resto de Europa no debía de estar en su apogeo. Al fin y al cabo, ¿para qué podían servir, durante la Gran Guerra, aparte de para los funerales? Pero los tulipanes, tan alegres y coloridos, no se habían destinado a la decoración de ataúdes. Mi elucubración sobre los tulipanes no fue suficiente para hacerme olvidar el mal sabor del café de achicoria.

¿Por qué me obstinaba en beberlo?

¿Por qué *todo el mundo se obstinaba* en beberlo?

No tenía sabor a café, ni contaba con sus propiedades estimulantes; solo el aspecto era parecido, y esa era la única ventaja que esa bebida ofrecía a quien tuviera una taza en la mano: parecía café.

Las apariencias, dicen, no importan, pero cuando no hay nada más, ¡vaya si importan!

Echaba de menos el café, el de verdad, pero pensar que no podía disfrutar de él no era la causa de mi insomnio.

Entonces, ¿de dónde procedía esa sensación de incompletitud que me inquietaba?

Repasé las cosas de las que había tenido que aprender a prescindir.

Echaba de menos el café, me decía, y añoraba a Lucio, mi criado milusos que me lo preparaba todas las mañanas. Se había ido a la guerra, el pobre, y sin duda sufría penurias mucho más graves con respecto a las que me había dejado. Tras su partida intenté sustituirlo por una criada; contraté a varias, pero todas se marcharon a las pocas semanas, atraídas por un trabajo en una fábrica. Con los hombres en el frente, allí se precisaba mano de obra, y se pagaba a las chicas igual que a los hombres, lo que en aquella época era una extraordinaria novedad. Sin embargo, había un truco: los contratos laborales de las mujeres en tiempos de guerra contemplaban el despido inmediato una vez que regresaran los hombres; era comprensible, por tanto, que señoras y señoritas aprovecharan el paréntesis bélico para llevar provisiones a sus casas. Yo había intentado ofrecerles a las empleadas domésticas salarios iguales a los de las fábricas, pero no había sido suficiente: la fábrica atraía a las mujeres como el azúcar a las moscas.

*¡El azúcar! ¡Otra cosa que echaba terriblemente de menos!*

La atracción de las mujeres por la fábrica no solo tenía que ver con la paga, sino también con lo complicado que se había vuelto el trabajo de sirvienta desde el inicio de la guerra. Antes de 1915, las empleadas domésticas salían todas las mañanas a hacer las compras,

para regresar algo más tarde con sus cestas repletas. Durante el conflicto, en cambio, tenían que soportar larguísimas colas delante de las tiendas, a menudo para descubrir, cuando les llegaba el turno, que los productos ya se habían acabado. Así que las pobrecillas regresaban a casa con la cesta vacía, conscientes de que sus jefes las regañarían duramente por no haber sido capaces de hacerse con los víveres. En la fábrica, por el contrario, complacer al superior de turno era más sencillo: bastaba con arrimar el hombro y agachar la cabeza hasta que la sirena anunciaba el final de la jornada laboral. Las mujeres que habían trabajado antes en el servicio disfrutaban por primera vez del placer de terminar una jornada laboral. Tras el silbido de la sirena, no había invitados que se demoraban hasta bien entrada la noche, saboreando los cafés y los licores, ni jefes caprichosos que las despertaban en mitad de la noche pidiendo una manzanilla y otra cobija más.

Las horas anteriores y posteriores al turno de trabajo eran todas para ellas, y por fin podían disponer de ese tiempo como quisieran libremente. Aunque yo siempre había sido un patrón generoso y con escasas exigencias, no podía culpar a las chicas que habían dejado mi casa para unirse a aquella imparable hemorragia de criadas que desde las viviendas de la burguesía se volcaba hacia las fábricas.

Solo seguían desempeñando el trabajo de criadas las mujeres extremadamente intolerantes, las que consideraban que era indecente llevar a cabo un trabajo «de hombres» —a las que, dicho sea de paso, yo nunca habría contratado— y las que eran demasiado mayores para la fábrica, como las sirvientas de mi madre, que la habían acompañado al campo, a la residencia de verano de la familia, donde llevaban ya más de un año, pues fuera de las ciudades la guerra «se notaba menos» y resultaba más sencillo poner algo en la mesa.

Pronto renuncié a buscar criada; en el fondo, podía prescindir de ella. Mi endeble físico me había eximido de la vida de soldado, y mientras muchos jóvenes sanos, a su pesar, aprendían a sostener un

obús, yo bien podía adaptarme a manejar una escoba o a quebrar un par de huevos en una sartén.

*¡Los huevos!*

Y conseguir huevos.

Un par, además...

Qué ambiciosos eran todavía mis sueños en aquel verano de 1917.

Quién habría dicho que yo, el abogado Edmondo Ferro, nacido en el seno de una familia más que acomodada, sufriría, si no hambre exactamente, sí la falta de los sabores más sencillos y familiares.

¿Había olvidado algo? ¿Un compromiso, una cita, un plazo? Quizás era ese olvido de donde procedía la sensación de incompletitud que me estaba atormentando. Consulté mi agenda: no, no tenía ningún compromiso. Durante la guerra, con los hombres lejos de sus hogares y de sus pequeñas y grandes disputas cotidianas, mi clientela se había reducido de un modo considerable. Empleaba el tiempo que me sobraba en leer libros hasta saciarme y aún me quedaba algo para ocuparme de los demás. Siempre había sido pacifista, y antes del estallido del conflicto había militado en las filas de los no intervencionistas; sin embargo, la guerra arreciaba desde hacía ya dos años y me sentía obligado a aportar mi granito de arena, si no por la patria, cuyos ardores bélicos no compartía, al menos por la pobre gente que se había visto atrapada por ella, a su pesar. Prestaba servicio como voluntario en la oficina de información, una institución benéfica gestionada sobre todo por señoras de la alta burguesía —para mi desgracia, casi todas ellas fervientes nacionalistas e intervencionistas— cuya misión consistía en ayudar a los civiles a localizar a sus seres queridos que habían partido a la guerra y con los que habían perdido el contacto. Dado que el Ejército me habría rechazado —y por ello siempre le estaré agradecido!—, me había convertido en una dama de la caridad: ¡la más fea que conoció la Gran Guerra!

La ausencia de clientes no me preocupaba, gracias a Dios contaba con mis ahorros, y tomarme esas inesperadas vacaciones de la abogacía no me importunaba en absoluto.

Yo no elegí la abogacía, la heredé de mis antepasados varones, junto con mi baja estatura y mi nariz aguileña. Tras convertirme en abogado, trabajé durante un tiempo en el prestigioso bufete de la familia, intentando seguir las gloriosas huellas de mis ancestros, demasiado grandes para mis pequeños pies, que, si podían elegir, siempre prefirieron trotar hacia una novela que hacia un expediente judicial.

Y así, tras una docena de horribles años pasados haciendo esfuerzos por ser un abogado digno de mi linaje, al final abandoné el prestigioso bufete familiar —y, con él, la perspectiva de una buena carrera y una vida acomodada— para establecerme por mi cuenta y ejercer la abogacía de una forma más sencilla y sin demasiadas alharacas.

Me mudé a un modesto apartamento en el entresuelo del mismo edificio en el que nací y crecí, y donde durante el siguiente medio siglo recibí a una clientela modesta: tenderos, obreros, funcionarios, pero también pequeños estafadores y algunas mujercillas de vida alegre.

Gente, por así decirlo, «modesta», que no pretendía sentirse tan halagada como los clientes de clase alta del prestigioso estudio Ferrero ni me exigía que me mostrara honrado de poder desenmarañar sus embrollos.

Mi humildísima clientela tan solo quería que se le atendiera de la manera más rápida y eficaz posible, sin perder su tiempo ni hacerme perder el mío, que así podía ahorrar para dedicarlo a la lectura.

Nunca entendí la profesión de abogado como un medio para adquirir prestigio y riqueza; lo único que quería de mi actividad como hombre de leyes era que me permitiera ganarme honradamente el pan.

*¡Pan!*

¡Pues claro!

Eso era lo que me había faltado aquella extraña noche: ¡el aroma del pan recién horneado! No me había dado cuenta, pero hasta

entonces era la fragancia del pan que procedía de la tahona de la via dei Quartieri la que me anunciaba, cada noche poco antes de las tres, que había llegado el momento de dejar de leer e irme a dormir.

¿Por qué esa noche del 21 al 22 de agosto de 1917 el olor a pan no había venido a darme las buenas noches?

## Capítulo 2

---

*Jolanda, 1888*

Respondió: «No, gracias». Lo repitió varias veces, con ese tono amable, aunque matizado de pesar, que le habían enseñado a utilizar cuando rechazaba algo. ¿Por qué, entonces, aquella cuchara seguía chocando contra sus labios cerrados? A Jolanda le habría gustado preguntarlo, pero, si su boca se hubiera abierto para hablar, la cuchara habría aprovechado para colarse.

Mademoiselle Odette le rogaba que aceptara una cucharada de leche, solo una, pero Jolanda sabía a la perfección que mentía: después de la primera, le imploraría una segunda, y luego una tercera, y cuando ella volviera a negarse, entonces la obligaría otra vez a tragársela. Qué horrible era esa sensación de la punta de la cuchara repiqueteando contra los incisivos desesperadamente apretados contra sus hermanos inferiores, y la de la leche goteándole a ambos lados de la boca. Aquella leche estaba llena de azúcar, tan dulce que le producía un cosquilleo en el paladar y tan pegajosa que le caramelizaba las mejillas y le trazaba viscosas sendas por el cuello, como las de los caracoles. Jolanda imaginó los caracoles descendiendo por su cuello y tuvo una arcada. No vomitó, se limitó a escupir unas gotas de leche agria; hacía tiempo que no tenía nada en el estómago que expulsar. Mademoiselle Odette tomó una servilleta y se la resregó enérgicamente por la cara; en ese momento, pensó Jolanda, la

mandaría a su habitación, y la criada le cambiaría la blusa, que empezaba a oler a leche cuajada. ¡Pero no! Mademoiselle Odette no quería darse por vencida y ya le estaba presionando de nuevo la cuchara contra los labios.

«Está bien, está bien, ¡me rindo!»

Jolanda no lo dijo con palabras, sino levantando las manos en señal de rendición. La cucharilla se alejó ligeramente, pero la boca de la niña, en vez de abrirse, se convirtió en un pico para soplar y enfriar un poco la leche.

Mademoiselle Odette acercó la cuchara para permitirle esa operación y Jolanda sopló: sopló tan fuerte que la leche se derramó de la cuchara y acabó en el suelo.

Mademoiselle murmuró algo en francés —improperios, probablemente— y se agachó para limpiar el suelo con la servilleta que poco antes había utilizado sobre su cara. De todas las niñeras que había tenido, Odette era la más tenaz. Llevaba al servicio de los Durand desde..., Jolanda no tenía ni idea. A los siete años, aún no había aprendido a llevar la cuenta de los días que pasaban, pero se trataba de un lapso considerable. Había nieve cuando ella llegó, y ya era primavera. La señorita anterior, que se llamaba Diana, o tal vez Dina, se había quedado unas pocas semanas; luego la tía Isabella la había despedido por un motivo que ella ni siquiera recordaba. Antes había estado *miss* Camilla, que también se había quedado muy poco tiempo. «Lástima», pensó Jolanda, mientras la cuchara presionaba inexorable sobre sus labios. *Miss* Camilla no le agradaba, como nunca le había agradado ninguna niñera, pero desde luego le caía mejor que Odette. *Miss* Camilla venía de Londres, le estaba enseñando a hablar inglés y sabía preparar unas deliciosas galletas que olían a limón. Por aquel entonces, Jolanda aún comía postres; en este momento, solo pensar en ello le daba arcadas. *Miss* Camilla se fue de noche. Le dejó una nota, que depositó sobre una bandejita de plata y luego ocultó colocándole encima algunas de sus magníficas galletas:

*I have to go, sweetheart.  
I can't take this any longer.  
Goodbye and may God help you.*

Jolanda no entendió exactamente lo que le había escrito *miss* Camilla, pero le quedó clara una cosa: no la habían despedido, como a las niñeras que la habían precedido, había huido por su propia iniciativa, exasperada por los despóticos modales de la tía Isabella.

Por desgracia, *mademoiselle* Odette parecía impermeable a las reprimendas, a los gritos e incluso a los tirones que habían hecho huir a tantos miembros del servicio. En efecto, cuando estaba muy enfadada, la tía Isabella aferraba los brazos de quien la había irritado y se los sacudía proclamando lo disgustaba que estaba. *Mademoiselle* Odette había sido sometida al tratamiento de los tirones al menos una docena de veces y siempre por motivos triviales, pero lo había soportado, dejándose sacudir sin pestañear. A Jolanda su tía también la zarandeaba en alguna que otra ocasión, lo que no era especialmente doloroso, pero sí lo bastante humillante como para hacerla llorar. En cierta ocasión, cuando estaba llorando por ello, *mademoiselle* Odette le soltó una buena reprimenda, ordenándole que no se lamentara tanto. Lo que le hacía su tía, musitó, no era nada en comparación con lo que había tenido que soportar ella en el orfanato. Sin duda, era por los malos tratos que le habían infligido durante su infancia por lo que esa *mademoiselle* lograba que le resbalara cualquier injusticia. No huiría, como *miss* Camilla, pensó Jolanda, apretando aún más los labios; para librarse de ella y de su invasora cuchara tendría que esperar a que su tía la echara. Tarde o temprano ocurriría: su tía se hartaba de todo el mundo, incluso de los parientes a los que, para su desgracia, no podía despedir. De mamá Irma la tía debía de haberse hartado incluso antes de que ella naciera; la niña no recordaba haber oído nunca a su tía hablar de su madre más que con desprecio. En cuanto a su padre, Jolanda recordaba que hubo un tiempo en que era su favorito, mientras que

ahora era el principal destinatario de su odio. Le gritaba llamándolo inútil, borracho y aprovechado, pero nunca lo sacudía de los brazos, probablemente porque en los últimos tiempos había engordado tanto que no resultaba nada fácil zarandearlo. El único miembro de la familia que gozaba aún de las simpatías de la tía Isabella era su hermano Eliano, segundo barón de Durand, general del cuerpo de caballería, así como abuelo de Jolanda. Hay que decir, de todos modos, que no era difícil llevarse bien con el abuelo Eliano, ya que estaba muerto. Jolanda no lo había conocido, pero todas las noches la tía Isabella la obligaba a rezar una oración delante de su retrato. No le disgustaba dedicarle una oración a su difunto abuelo, pero le molestaba que su tía la arrastrara del brazo hasta delante de este para que se disculpara por alguna travesura. ¿Qué tenía que ver un cuadro con sus disculpas? A pesar de sus oraciones y sus peticiones de perdón, el abuelo Eliano no solo era el favorito de la tía Isabella, sino también el suyo. Él no se ponía hecho un basilisco, no se quejaba ni discutía con los demás; se limitaba a mirarla desde el cuadro y era, con creces, lo más tolerable de aquella familia. Mamá Irma había sido su favorita, pero, desde que papá ya no vivía en el cuartel y estaba siempre en casa con ellas, había cambiado mucho. Discutía casi todos los días con la tía Isabella por algo que ella quería y que la tía le negaba. Jolanda no había entendido muy bien qué era lo que deseaba su madre, pero tenía claro que era su padre quien lo necesitaba. Cada vez que mamá Irma se dirigía a su tía para suplicarle, y luego volver derrotada, papá Ferdinando se enfadaba, acusándola de no haber sido convincente, le gritaba y vociferaba, luego bebía y se calmaba; en ese momento, sin embargo, era mamá Irma quien se enfadaba con él, Jolanda no entendía por qué: ¡su padre se volvía tan amable después de beber, se reía y contaba historias divertidas!

La cuchara se alejó por fin de su boca y cayó de nuevo con un tintineo en el cuenco aún lleno.

*Mademoiselle* Odette la miró; su rostro se contrajo en una malvada mueca. ¡Se estaba alejando! Por fin se había rendido, pensó

Jolanda, ahora la mandaría de vuelta a su habitación. Sin embargo, la mujer, en vez de despedirse de ella, abrió un par de cajones, en los que hurgó nerviosamente, luego se volvió y le mostró una gran jeringa.

Si *mademoiselle* pretendía amenazarla con ponerle una inyección si no se bebía la leche, pues bien, ¡Jolanda no caería en la trampa! La niñera, sin embargo, no verbalizó su chantaje, se limitó a quitar la aguja de la jeringa y utilizar esta para aspirar la leche del cuenco.

¿Qué intenciones tendría? Jolanda intentó bajarse de la silla, pero la mujer la detuvo presionándola contra el respaldo. La niña lanzó un grito por el susto y la jeringa sin aguja aprovechó el hueco que se había abierto entre sus labios para colarse en lo más profundo de su boca y liberar el líquido dulzón directamente en su garganta. Ahora la leche estaba fluyendo hacia su estómago y Jolanda ya no podía escupirla. La leche le subió por el esófago acompañada de violentas arcadas, pero *mademoiselle* le taponó la boca y le levantó la barbilla, llevando el repugnante líquido de vuelta al lugar de donde había venido. Era demasiado, pensó Jolanda, mientras sus lágrimas mojaban la mano de *mademoiselle* Odette, quien seguía tapándole la boca: aquella víbora tenía que marcharse cuanto antes y, si a su tía aún le caía bien, ¡ya se encargaría ella de hacerla recapacitar!

La mujer la soltó y volvió al cuenco para rellenar de nuevo la jeringuilla y repetir aquella odiosa operación, pero Jolanda no le dio tiempo: con un gesto repentino se golpeó la mejilla con tanta fuerza que se le puso roja, luego se dejó caer al suelo gritando y retorciéndose como una posesa. Al cabo de unos instantes, la puerta se abrió de golpe y mamá Irma entró alarmada a la habitación, seguida por una impassible tía Isabella. Jolanda continuó con su actuación, retorciéndose y emitiendo gritos inarticulados; luego, con un gesto dramático, escupió un diente. Era solo un diente de leche que llevaba tiempo moviéndosele y, como de todas formas se le habría caído, ¡podía deshacerse de él en el momento más oportuno! Durante

sus fingidas convulsiones, se había arrancado el diente con dos dedos sin que nadie se diera cuenta y luego lo había escupido, apuntando con él a los pies de su tía. Al ver el diente, la madre de Jolanda palideció, mientras que la tía Isabella se puso roja como un tomate.

—¡Me dio una bofetada! —articuló Jolanda entre gemidos—. ¡Una bofetada tan fuerte que me tiró de la silla!

—¡No es verdad! —intentó exculparse *mademoiselle* Odette.

—Irma, agarra a tu hija y sácala de aquí —ordenó la tía Isabella—. Tengo que hablar a solas con *mademoiselle*.